

Vampiros
y otros seres inquietantes

Antología realizada por
Verónica Ortiz Empson

eSediciones

Índice

Vampiros y otros seres inquietantes

© Verónica Ortiz Empson, 2009. Por la selección, traducción, presentación y notas.

© Actis production S.L., 2009

Es ediciones

C/ Argumosa, 37- 3J

28012 Madrid

Teléf.: 915 308 554 - Fax: 913 281 032

www.esediciones.es

info@esediciones.es

Diseño de colección: Alejo Ruocco

Ilustración de portada: Iván Solbes

Servicios editoriales: Actis

ISBN: 978-84-936773-5-0

Depósito Legal: XXXXXXXXXXXXX

Impresión: Creapress

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito del editor.

Impreso en España

EL TERROR ESTÁ SERVIDO	5
EL VAMPIRO DE JOHN WILLIAM POLIDORI	7
EL MORTAL INMORTAL DE MARY SHELLEY	39
BERENICE DE EDGAR ALLAN POE	63
EL HUÉSPED DE DRÁCULA DE BRAM STOKER	77

VAMPIRO DE EMILIA PARDO BAZÁN	99
EL EXTRAÑO DE H.P. LOVECRAFT	107
EL ALMOHADÓN DE PLUMAS DE HORACIO QUIROGA	119

El terror está servido

«Lo que caracteriza al verdadero cuento de miedo es la aparición de un elemento sobrenatural e inexplicable, totalmente irreductible al universo conocido, que rompe los esquemas conceptuales vigentes e insinúa la existencia de leyes y dimensiones que no podemos ni intentar comprender...».

RAFAEL LLOPIS

Sin duda la figura del vampiro, en torno a la que está hecha esta selección, encaja a la perfección con la acertada definición del gran impulsor del género macabro en nuestra lengua. Un ser maldito, condenado a la vida y a la maldad eternas, que da forma a nuestros miedos más profundos. Tal vez porque una vez fue humano, tal vez porque nos recuerda nuestra propia atracción por el lado oscuro.

En *El vampiro*, Polidori introduce por primera vez en un relato escrito a este ser enigmático, al que podemos ver y sentir y hasta casi percibirle el aliento. Su vampiro parece humano, actúa como humano y se mueve en medio de humanos. Y por ello nos causa más pavor. Además nos suscita, está claro, un gran rechazo, pero también inevitablemente curiosidad y hasta un punto de piedad y deseo.

Distinto es el caso del Conde Drácula de Stoker, al que sólo podemos intuir como una poderosa y peligrosa amenaza en *El huésped de Drácula*, el cuento que escribió en preparación para su célebre novela. Las retorcidas características del Drácula que todos

conocemos empiezan ya a perfilarse en esta historia que nos atrapa con la fuerza de su atmósfera.

Los vampiros de Poe, uno de los grandes escritores fascinados por estas criaturas, son más modernos, más psicológicos. En *Berenice*, nos muestra a seres atormentados y perturbados y nos plantea, con su habitual maestría, un juego ambiguo de luces y sombras, razón y locura, belleza y muerte, que nos mantiene en suspenso hasta la última línea.

Vampiro de Pardo Bazán es un cuento atravesado por la magistral mirada irónica de su autora, donde el monstruo lo es más por tratarse de una criatura terrena, un vampiro emocional que podría ser nuestro vecino. El terror y el humor, paradójicamente, pueden ser parientes cercanos.

Shelley toca con gran inteligencia temas sorprendentemente actuales en *El mortal inmortal* y nos habla sin rodeos de la lucha contra la decrepitud, del sueño de la juventud eterna y del temor a la muerte. ¿De verdad queremos ser inmortales?

El extraño es uno de los mejores cuentos de Lovecraft. ¿Qué hay más aterrador que la soledad involuntaria, la alienación, el exilio? Tal vez por ello esta historia magnífica, con tintes autobiográficos, permanece en nosotros mucho tiempo después de haberla leído.

Por último Quiroga, gran admirador de Poe, nos cautiva con un cuento en el que están presentes algunas de sus obsesiones habituales: la enfermedad, el sufrimiento humano, la bestia detrás de la bestia. Con su particular estilo, el escritor uruguayo nos llena de angustia e inquietud en *El almohadón de plumas*.

Pero estas páginas no sólo están habitadas por vampiros y seres inquietantes. A veces el horror nace de nuestro interior, donde convive oculto con nuestros anhelos...

El terror, pues, está servido.

John William Polidori

El vampiro

Biografía del autor

Médico y escritor inglés que nació en 1795. Empezó su formación muy joven, licenciándose con tan sólo 19 años. Sin embargo, su verdadero sueño era destacar en el campo literario y ser admirado como escritor. Tal vez por ello se sintió feliz cuando el genio del romanticismo, Lord Byron, lo contrató como médico y secretario para un viaje que iba a realizar por Europa.

Así se inició un periodo intenso, aunque también muy desdichado en la vida de Polidori, ya que el escritor se burlaba sin compasión de sus pretensiones literarias, llegando incluso a criticar en público algunas de las obras que el joven médico se había atrevido a escribir durante el viaje.

El vampiro

Quizás la única obra de Polidori que obtuvo el reconocimiento del público es la que presentamos a continuación, *El vampiro*, relato publicado en principio de forma anónima.

Se cree que el autor lo escribió como venganza contra Byron, a cuya sombra siempre vivió y con quien finalmente rompió relaciones, cansado de sus desprecios y maltratos. De hecho, en el cuento, la figura del vampiro muestra varios rasgos de la personalidad de Byron.

John William Polidori se suicidó a los 26 años de edad harto de una existencia tan poco ilustre para él.

En medio de la vida frívola de un invierno londinense, un lord hizo su aparición en varias de las fiestas de moda. Era un hombre que destacaba más por sus peculiaridades que por su alcurnia; observaba la alegría que bullía a su alrededor como si no pudiera participar de ella y parecía ser capaz, con una sola mirada, de apagar las risas desenfadadas y de llenar de pavor los corazones despreocupados.

Los que experimentaban esa sensación de temor no podían explicarse de dónde provenía. Algunos la atribuían a sus ojos, grises y helados, que aparentemente no sólo podían penetrar los rostros, sino que también leían los recovecos del alma y, sin embargo, resbalaban sobre las mejillas como un pesado rayo de plomo.

Su originalidad hacía que lo invitaran a todas partes. Todos querían verlo, especialmente aquellos que habían estado acostumbrados a las emociones fuertes en el pasado y que hoy se veían obligados a soportar la pesadez del tedio; estos últimos se sentían particularmente satisfechos al conocer a alguien capaz de atrapar su atención.

Sus facciones eran hermosas y regulares, a pesar de la palidez mortal de su rostro, que nunca cambiaba de color, ni por causa del rubor ni por la fuerza de la pasión. Algunas mujeres en busca de aventuras intentaban llamar su atención para conseguir al menos alguna muestra de interés. Lady Mercer, que desde su matrimonio había sido objeto de burla en todas las recepciones, se lanzó a su conquista e hizo todo lo que pudo, excepto vestirse como un payaso, para que se fijara en ella... En vano. Cuando se le ponía por delante, era como si no existiera, a pesar de que cualquiera hubiera dicho que sus ojos estaban fijos en los de ella. Puesto que incluso su atrevido descaro había fallado en lograr su cometido, la célebre dama acabó por abandonar la batalla.

No obstante, aunque la mayoría de las mujeres no conseguía ni tan siquiera influir en el curso de su mirada, el sexo femenino no le era indiferente al misterioso caballero, sino muy al contrario. Sin embargo, era tal la aparente cautela con la que se dirigía a las damas virtuosas e inocentes que eran pocos los que sabían que hablaba alguna vez con mujeres. Pese a ello, tenía la reputación de poseer una gran facilidad de palabra. Y fuera porque gracias a ello lograba vencer el temor que inspiraba su personalidad o porque les conmovía su aparente desprecio por lo material, las mujeres, viciosas o virtuosas, siempre estaban revoloteando a su alrededor.

Por esa misma época un joven caballero llamado Aubrey llegó a Londres. Era huérfano y tenía una sola hermana, además de una gran fortuna, heredada tras la muerte de sus padres cuando sólo era un niño. Abandonado por sus tutores, quienes consideraron que su único deber era cuidar de sus bienes, la tarea más importante de formar su espíritu fue delegada a los empleados subalternos. Y fue así

que Aubrey cultivó más su imaginación que su juicio. Por ello, poseía la candidez y sentido del honor románticos que a diario arruinan la vida de muchos jóvenes inocentes. Creía que todos los seres humanos tendían a la virtud y que el vicio había sido creado sólo para añadir un efecto pintoresco al escenario del mundo, tal y como ocurre en las novelas. Pensaba que la miseria era simplemente un decorado para el lucimiento de los pintores. Creía, en definitiva, que los sueños de los poetas eran la vida misma. Era apuesto, sincero y rico, y por ello, al ingresar en los círculos sociales de moda, fueron muchas las madres que lo rondaron y que se esforzaron por hacer que se interesara por sus lánguidas o alegres hijas; al mismo tiempo, los rostros de las hijas se iluminaban cuando él aparecía y sus ojos brillaban cuando abría la boca, por lo que pronto creyó que sus talentos y méritos eran más de los que realmente tenía.

Acostumbrado como estaba a vivir la mentira y el romanticismo de sus horas solitarias, Aubrey se sorprendió al descubrir que no había fundamentos en la vida real para ninguno de aquellos amables dibujos y descripciones que contenían los libros que había estudiado, a excepción, quizás, del parpadeo de las velas, causado no por la presencia de un fantasma sino por estar a punto de consumirse el sebo.

Por ello, pese a haber encontrado alguna compensación en su vanidad halagada, había decidido abandonar sus sueños, cuando el extraordinario ser anteriormente descrito se cruzó en su camino.

Aubrey se dedicó a observarlo. Como le era imposible formarse una idea de la personalidad de un hombre tan completamente ensimismado y que mostraba tan pocos signos de tener en cuenta la vida a su alrededor, excepto,

quizás, por el hecho de evitar el contacto con los demás, lo que suponía el tácito reconocimiento de su existencia, pronto dio rienda suelta a su imaginación y a su propensión a las ideas extravagantes e hizo de él un héroe de novela, al que veía más como a un ser fantástico que como a la persona de carne y hueso que en realidad tenía delante de sus ojos. Se acercó a él, lo colmó de atenciones e hizo tantos esfuerzos por ganarse su amistad que pronto se hicieron inseparables. Poco a poco se enteró de que los asuntos de Lord Ruthven se complicaban y no tardó en descubrir, al ver los preparativos, que estaba a punto de emprender un viaje.

Deseoso de obtener más información sobre este singular personaje, quien hasta el momento sólo había despertado su curiosidad sin satisfacerla, le hizo saber a sus tutores que ya era hora de hacer un viaje. El viaje que durante muchas generaciones se ha creído necesario para que los jóvenes avancen en la carrera del vicio y puedan así estar en igualdad de condiciones con sus mayores, sin que parezca que hayan caído del cielo cada vez que se habla de escándalos con placer y admiración, según el grado de perversión con que se tome parte en ellos. Los tutores se mostraron de acuerdo e inmediatamente Aubrey comunicó sus intenciones a Lord Ruthven, quien lo sorprendió al proponerle que lo acompañara. Halagado por esa muestra de estima por parte de un hombre que aparentemente no tenía nada en común con los demás, aceptó su propuesta encantado y en pocos días ya habían cruzado el mar.



Hasta ese momento, Aubrey no había tenido ocasión de estudiar a fondo la personalidad de Lord Ruthven y ahora descubría que, aunque era testigo de sus actos y motivaciones, estos le hacían llegar a conclusiones equívocas. Su compañero era muy liberal: los holgazanes, los vagabundos y los mendigos recibían más de su mano de lo que requerían para aliviar sus necesidades inmediatas. Pero Aubrey no podía dejar de observar que no era a los virtuosos reducidos a la indigencia por la fatalidad a quienes Lord Ruthven socorría; a estos les cerraba la puerta sin ninguna contemplación. Sin embargo, cuando los viciosos llegaban pidiendo algo, no para sobrevivir sino para regodearse en la lujuria o para hundirse más profundamente en la miseria, salían siempre con las manos llenas. No obstante, atribuía este hecho a la impertinencia de aquellos que han caído en las garras del vicio, que generalmente prevalece sobre la modesta timidez de los que siendo virtuosos pasan necesidad. Pero Aubrey estaba aún más impresionado por otro hecho relacionado con la caridad de su amigo: todos aquellos que la recibían inevitablemente descubrían que había una maldición en ella ya que, o bien acababan en el cadalso, o hundidos en la más baja y abyecta miseria.

En Bruselas y otras ciudades que atravesaron, Aubrey se sorprendió por el entusiasmo con que su compañero buscaba los centros de vicio más de moda. Apostaba y jugaba con enorme éxito en todas las salas de juego, excepto cuando su contrincante era algún reconocido jugador, en cuyo caso perdía aún más de lo que ganaba, aunque siempre con el mismo semblante indiferente con el que por lo general observaba el mundo que lo rodeaba. No ocurría lo mismo, sin embargo, cuando encontraba a algún joven novato ansioso o al desdichado padre de una familia

numerosa. Entonces las leyes de la fortuna parecían obedecer a sus deseos: dejaba de lado su aparente ensimismamiento y sus ojos brillaban con más fuego que los del gato cuando está jugueteando con un ratón medio muerto entre sus patas.

En cada ciudad que Lord Ruthven visitaba dejaba atrás a jóvenes, ricos antes de su llegada, ahora forzosamente alejados de sus antiguos círculos sociales, maldiciendo desde sus calabozos el destino que los había llevado a esa situación, mientras que muchos padres contemplaban desesperados las miradas silenciosas de sus hijos hambrientos, sin nada de su antigua fortuna, ni tan siquiera una moneda con la que comprar lo suficiente para satisfacer sus necesidades. No obstante, Lord Ruthven no ganaba nada en la mesa de juegos, sino que enseguida volvía a apostar, para ruina de muchos, las últimas ganancias obtenidas gracias al arrebato de algún inocente.

No podía tratarse más que de cierta experiencia que, sin embargo, no lograba derrotar la astucia de los más veteranos. Aubrey siempre quería decirle eso a su amigo y rogarle que abandonara esas actitudes que eran la ruina de todos y que no le proporcionaban ningún beneficio ni a sí mismo, pero retrasaba el momento porque cada día esperaba que su compañero le diera la oportunidad de hablarle franca y abiertamente, lo que nunca acababa de ocurrir. Lord Ruthven, en su carruaje, en medio de los agrestes y ricos paisajes de la naturaleza, era siempre el mismo. Su mirada era menos elocuente que sus palabras y aunque Aubrey era objeto de su curiosidad, el joven no obtenía ninguna satisfacción de ello, excepto, tal vez, la emoción de desear en vano resolver el misterio alrededor del enigmático caballero que para su exaltada imaginación empezaba a parecer sobrenatural.



Pronto llegaron a Roma y por un tiempo Aubrey perdió de vista a su compañero. Lord Ruthven asistía cada mañana a las recepciones de una condesa italiana mientras que él iba en busca de monumentos. Entretanto, llegaron cartas de Inglaterra, que abrió con impaciencia. La primera era de su hermana y no contenía otra cosa sino cariño; las otras eran de sus tutores y lo dejaron atónito: si en su imaginación su compañero llevaba el mal en su interior, estas últimas misivas parecían darle suficientes razones en las que sustentar esta creencia. Sus tutores insistían en que dejara inmediatamente a su amigo ya que poseía una personalidad maligna, así como irresistibles poderes de seducción que hacían que sus hábitos licenciosos fueran aún más perniciosos para la sociedad. Se había descubierto que su rechazo a las adúlteras no era por desprecio sino que precisaba, para obtener una mayor satisfacción, que sus víctimas, sus compañeras de culpa, cayeran desde el pináculo de la inmaculada virtud al abismo más rastrero de la infamia y la degradación; en definitiva, que todas aquellas mujeres que había buscado aparentemente por su virtud, desde su partida habían dejado la máscara de lado y no habían tenido ningún escrúpulo en mostrar toda la deformidad de sus vicios en público.

Aubrey decidió, pues, dejar definitivamente a Lord Ruthven, en cuya personalidad no había observado todavía ninguna faceta luminosa. Resolvió inventar algún pretexto plausible para abandonarlo del todo, proponiéndose mientras tanto emprender la tarea de vigilarlo más estrechamente para no dejar que ningún hecho, por sutil que fuera, le pasara desapercibido. Entró en su mismo círculo social

y pronto se dio cuenta de que su amigo pretendía aprovecharse de la inexperiencia de la hija de la condesa cuya casa frecuentaba. En Italia no es corriente ver a una mujer soltera en sociedad, así que Lord Ruthven estaba obligado a llevar sus planes en secreto, pero Aubrey no le quitó el ojo de encima ni un solo momento y pronto descubrió que él y la muchacha habían concertado una cita romántica, que muy probablemente acabaría con la inocente, pero también inconsciente doncella hundida en el lodo. Sin perder el tiempo, fue al apartamento de Lord Ruthven y le preguntó abruptamente por sus intenciones, informándole al tiempo de que estaba al corriente de su encuentro romántico esa misma noche. Lord Ruthven respondió que sus intenciones eran las que tendría cualquiera en semejante situación y cuando Aubrey lo presionó preguntándole si pretendía casarse con la doncella, simplemente se echó a reír.

Tras este incidente, Aubrey abandonó a su amigo, al que le escribió una nota diciendo que a partir de ese momento debía prescindir de su compañía. La cita romántica no tuvo lugar. Al día siguiente, Lord Ruthven se limitó a enviar a su sirviente para que notificara a Aubrey de su total aceptación a la separación, pero no dio ni la más mínima muestra de sospechar que sus planes habían fallado por culpa de su intervención.



Tras su partida de Roma, Aubrey se dirigió a Grecia y después de atravesar la Península, pronto se encontró en Atenas. Allí fijó su residencia en casa de un griego y enseguida

se interesó por buscar las huellas del antiguo esplendor heleno en los monumentos que, al parecer avergonzados de contar las hazañas de hombres libres a esclavos, se habían ocultado a los ojos del mundo hasta ese momento, detrás de capas de polvo y musgo.

Bajo el mismo techo en que vivía existía una criatura tan hermosa y delicada que podría haber sido la modelo de un pintor que buscara retratar en su lienzo el paraíso prometido a los seguidores de Mahoma¹, excepto que sus ojos eran demasiado expresivos para pensar en ella como en un ser sin alma. La gracia de una gacela se convertía en torpeza al lado de la muchacha, mientras bailaba en la llanura o paseaba por las faldas de la montaña. ¿Quién habría cambiado su mirada, que parecía la de la propia naturaleza animada, por aquellos ojos adormilados y lujuriosos del animal?

Los pasos ligeros de lanthe acompañaron con frecuencia a Aubrey en su búsqueda de antigüedades y en muchas ocasiones la muchacha, ajena a su hermosura, mostraba toda la belleza de su cuerpo cuando corría detrás de una mariposa, como si flotara en el viento, ante la mirada entusiasmada del joven, quien dejaba de lado las letras que acababa de descifrar sobre una tabla casi borrada al contemplar su silueta de sílfide. Cuando revoloteaba por ahí, sus trenzas, que brillaban delicadas y suaves bajo el sol, podían convertirse en la perfecta excusa para las distracciones del estudioso de ruinas y antigüedades, que se olvidaba

¹ Se refiere al paraíso islámico, habitado por hurís o jóvenes vírgenes. (N. de la T.)